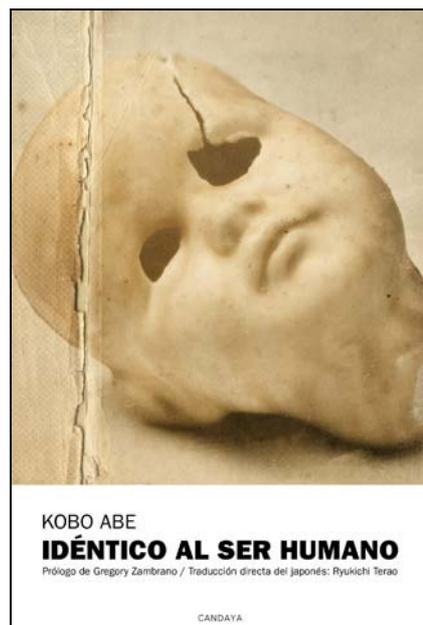


Kobo Abe
Idéntico al ser humano

Candaya Narrativa 16
ISBN 978-84-937077-5-0
168 págs.; 21 x 14 cm
PVP 15 €

Kobo Abe, el Kafka japonés



LA OBRA: Idéntico al ser humano

La noticia de que acaba de despegar un cohete espacial con destino a Marte llena de zozobra al creador del programa radiofónico "Hola, marciano". El temor de que la realidad pueda desbaratar su universo de ficción y poner en peligro el modesto *modus vivendi* con el que intenta asegurar la estabilidad de su familia, hace tambalear el precario equilibrio del periodista, cada vez más paralizado por la angustia y la pérdida de la autoestima.

La inesperada visita de un oyente que asegura ser un marciano "idéntico al ser humano" desencadena un desconcertante e incómodo diálogo en el que, al modo beckettiano, se transita fácilmente de la lucidez al delirio. Con un impecable manejo de la alegoría y de la sátira, Kobo Abe se servirá de las irritantes palabras de estos dos seres extraviados para enfrentar al lector a algunas de las obsesiones que lo han emparentado con Kafka o Camus: el problema de la identidad y el desasosiego de no saber quién se es ni quién es el otro, el cuestionamiento de la noción de realidad o la crisis de supervivencia del ser humano frente a las estructuras dislocadas y caóticas del mundo contemporáneo. El lector, magnetizado por la tensión dramática, espera, como en un relato policial, que el suspense vaya cediendo hasta revelar el desenlace: "¿todo esto será la consecuencia de la fábula vencida por la realidad o de la realidad vencida por la fábula?".

Con *Idéntico al ser humano*, Kobo Abe se distancia del color local que caracteriza la tradición literaria japonesa e incorpora a algunos de los grandes temas de la modernidad, como la ficción científica, la seducción por el lenguaje de las matemáticas y los sistemas clasificatorios o la reflexión sobre la convivencia en las ciudades impersonales, vertiginosas e inhumanas de nuestro tiempo.

EL AUTOR:



Kobo Abe (Tokio, 1924-1993) vivió de niño y adolescente en Manchuria, entonces dominada por el ejército japonés, lo que dejó honda huella en su literatura y en su visión del mundo. De regreso a Japón se graduó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Tokio en 1948. Ese mismo año publica su primera novela, *La señal del camino que se acabó*. En 1951 obtiene el prestigioso Premio Akutagawa por *La pared: el crimen del señor S. Karma*. Con *La*

cuarta edad interglaciaria (1959), inicia el camino de la "ficción científica", que tan fructíferos resultados dará en sus novelas futuras.

Tras una breve militancia en el partido comunista, el unánime reconocimiento de sus novelas *La mujer de arena* (premio Yomiuri 1962) y *El rostro ajeno* (1964), lo convierte en uno de los escritores imprescindibles de la literatura japonesa contemporánea, como afirmaron muy pronto Kenzaburo Oe y Yukio Mishima, entusiastas admiradores del desconcertante universo abeano. Otras novelas destacadas de su vasta obra narrativa son: *El mapa quemado* (1967), *Amigos* (Premio Tanizaki 1967), *Idéntico al ser humano* (1967), *Hombre caja* (1973), *Encuentros secretos* (1977) y *El Arca Cerezo* (1984).

Definido por algunos críticos como "el Kafka japonés", la obra literaria de Kobo Abe abarca, además de la narrativa, la poesía, el ensayo y el teatro... Apasionado por la puesta en escena y el lenguaje audiovisual, su estrecha amistad con el músico Toru Takemitsu y el cineasta Hiroshi Teshigahara, le anima a incursionar asimismo en disciplinas artísticas como la radionovela y el cine.

DE LA OBRA DE KOBO ABE, LA CRÍTICA HA DICHO:

"Kenzaburo Ôe diría alguna vez que Kôbô Abe era merecedor del Premio Nobel que a él le habían entregado. Mejores palabras que esas son difíciles de encontrar de un escritor a otro (más, como el caso de estos dos, siendo buenos amigos). Hay mucho de cierto en las palabras de Ôe: Abe es un escritor con una narrativa distinguida por lo inusual y único de sus formas. Pero, debo decirlo, en sus formas no termina la grandeza de este autor, porque en *La mujer de la arena* (*Suna no onna*) la originalidad de la historia es fundamental para que el lector se enfrente a esta." (Francisco Villareal sobre *La mujer de la arena*).

"Esta obra muestra un viaje sin retorno por el intrincado laberinto de la mente de un científico, que ha sufrido un terrible accidente de laboratorio, y cuyo rostro ha quedado desfigurado por profundas cicatrices. El protagonista emprende la tarea de construir una nueva cara, una máscara perfecta, que sea capaz de acabar con los sentimientos de frustración y profundo dolor que abruman su alma. Esta novela es una alegoría existencial sobre la naturaleza humana. Analiza aspectos como la pérdida de la identidad, el desarraigo y el aislamiento del individuo en el mundo contemporáneo." (Orlando Betancor sobre *El rostro ajeno*, en *Especulo*, nov. De 2008).

"*The box man* [*Hakootoko* en su idioma original] (1963) es una extraña y compleja novela del escritor japonés Kobo Abe. Si pudiéramos resumir la trama de la novela, diríamos que en la ciudad de Tokio aparecen algunos hombres que andan por las calles con una caja de cartón cubriendo sus cabezas (no cualquier caja, sino una muy particular caja de cartón de dimensiones y características particulares). Aunque casi siempre pasan desapercibidos, quienes saben de su existencia se vuelven a su vez hombres-caja, lo cual implica toda una filosofía que cada individuo desarrolla dependiendo sus necesidades y motivos para convertirse en hombre-caja: en general, son el voyeurismo puro (la necesidad de ver y no ser visto) y la supresión voluntaria de la identidad. (...) El hombre-caja es un ente anormal de la sociedad, comparable al indigente o al loco, al que vive en la calle, que no trabaja ni es útil en una sociedad que exige producción; es un individuo marginado. Él vive dentro de su caja, como si se tratara de una especie de caparazón, de concha, aunque no en el sentido bachelardiano: dentro de sí hay un deseo de alejarse de la sociedad, o de poner una barrera entre el mundo y el yo, aunque esa barrera tenga una pequeña ventana de observación por la cual se satisfacen los deseos más extraños." (Frida Pulido, sobre *El hombre caja*).

ASÍ EMPIEZA *IDÉNTICO AL SER HUMANO* :

Aquel extraño personaje llegó una tarde soleada de mayo. Parecía un vendedor de máquinas de coser que arrastraba sus pasos con lentitud. Desgraciadamente en aquel entonces mis condiciones mentales no eran las mejores. Del poniente soplaba un viento de cuatro kilómetros por hora. La corriente de aire que venía del mar despejaba el cielo, algo que casi nunca sucedía en esos días, por lo que las ventanas de la vecindad, comúnmente cerradas en esa época, estaban abiertas para limpiar el hollín acumulado.

El clima era bueno. Sin embargo, mi habitación mostraba un estado deplorable. Las ventanas y las gruesas cortinas cerradas lo dejaban todo en penumbra. Apenas brillaba la luz de una lámpara eléctrica. Y yo había fumado tanto que estaba al borde de un ataque de asma.

¿Qué podía esperar un vendedor como aquél que por casualidad se había encontrado con un cliente tan malhumorado? Pisaría la cola de un tigre dormido y tendría que salir a toda carrera humillado por mis insultos. La única arma pacífica de un vendedor ordinario es la adulación.

Sin embargo, ese hombre no era un vendedor ordinario. Acaso sólo la adulación podría servirle como una estrategia eficaz. En el mundo hay hombres que se ahogan en un vaso de agua. Y yo no estaba en condiciones de portarme como un tigre. Si alguna semejanza tenía con un tigre sería apenas por mi rostro pálido que delataba mis padecimientos mentales, y por mi pijama de rayas, que no me había quitado desde la mañana. Y no podría molestarme con la pisada, porque yo ni siquiera tenía cola. Al contrario, debo admitir que me sentía desolado, como un gato muerto de hambre. Miedoso, sin saber qué gente vendría, o si sucedería algo malo, atisbaba a mi alrededor con los ojos entrecerrados. En circunstancias tan desfavorables, una mediana adulación hubiera sido suficiente para atraparme. Ese hombre extraño sabía aprovechar muy bien los puntos débiles.

Hubo demasiadas coincidencias. No sé si realmente fueron coincidencias o si se trató de algo premeditado –seguro que todo había sido fríamente calculado y planeado con anticipación–, pero justo cuando la radio acababa de emitir por tercera vez la noticia urgente de aquel famoso cohete que había logrado aterrizar exitosamente en el planeta Marte, sonó el timbre de la puerta carbonizando mi corazón de pájaro, que ya estaba tendido sobre la parrilla, chorreando grasa.

Al permanecer en silencio, escuché cómo se deslizaba la puerta de la sala contigua... Por el pasillo se escuchaban los pasos húmedos de mi esposa que sonaban como si acabara de salir de una nevera... Hubo unos minutos de

cuchicheos en el zaguán... A la vuelta mi mujer entró en la habitación sin pedir permiso, y en tono de reproche, me dijo mirándome a los ojos: "Allí hay un señor que quiere consultar contigo algo sobre el asunto del marciano..."

Todo esto, ¿ya para qué? ¿Acaso sirve de algo escribir todas estas estupideces? Para empezar, no tengo ni la menor idea de cómo estas notas llegarán a sus manos. Seguro que las leerá como si fueran los disparates de un loco. Es posible que usted sea compañero de esa gente... Qué farsa tan ridícula, qué risa le causará a usted todo esto... Bueno, sería más desesperante todavía seguir deliberando de esta manera. Al recordarlo todo, ahora, me doy cuenta de que fui castigado por mi actitud conformista. Ya no me importa que usted sea amigo o enemigo, el único camino que me queda es dejar atrás esta trinchera inútil y enfrentarme al destino con coraje.

(¡Ojalá usted sea un "ser humano", igual que yo! Al menos en el sentido común de esta palabra, que está en cualquier diccionario o enciclopedia y que todos hemos usado cotidianamente sin confusión semántica.)

Me permito aclarar que no soy tan optimista como para creer que ya tengo un aliado, sólo porque usted sea un "ser humano" como yo quisiera que lo fuese. Me encuentro en una situación demasiado anormal para convencer a alguien de la veracidad de mi relato. Aunque usted sea un "ser humano", dudo que reconozca una esencia humana en mí.

Puesto que el espejo torcido sólo refleja imágenes distorsionadas, toda la lógica se derrumba cuando proyecta una imagen correcta. Desde luego, no habría líneas paralelas si nos saliéramos del espacio euclidiano. Sin embargo, nuestra vida siempre se fundamenta en el marco de leyes empíricas...

No, dejemos todo esto así. Estas excusas insignificantes terminarán volviéndome más sospechoso y vulnerable. Es inútil proclamarse cuerdo para disipar la sospecha sobre nuestra propia locura. Por el momento, me basta con que usted acepte que el espejo está torcido.

Imagínese que le llegaran a pedir una evidencia física de que usted es un "ser humano" auténtico, seguro que se molestaría o se reiría sin hacerles caso. Un ser humano lo es porque sí, sin necesidad de demostrarlo, tal como el axioma de las líneas paralelas. A diferencia del teorema, el axioma lo es porque no se puede comprobar desde el principio. Sea el grupo sanguíneo o una radiografía, hay atributos que tienen sentido sólo si basan en axiomas principales.

Sí, estoy en un tribunal de la locura y aquí no vale ninguna explicación lógica. Cuando se trata de un tribunal, por absurdo que sea, no se puede esperar que se declare generosamente la inocencia de quienes nieguen la sospecha. Una vez considerado como sospechoso, lo único que puedo hacer para convencer al juez de mi inocencia es presentarle alguna evidencia material que se pueda tocar directamente con las manos.

(No tengo la más mínima esperanza de contar con usted para que me defienda. Sólo deseo que me comprenda y se coloque en mi lugar por si un día la injusticia del destino lo hiciera pasar por esto que yo ahora vivo.)